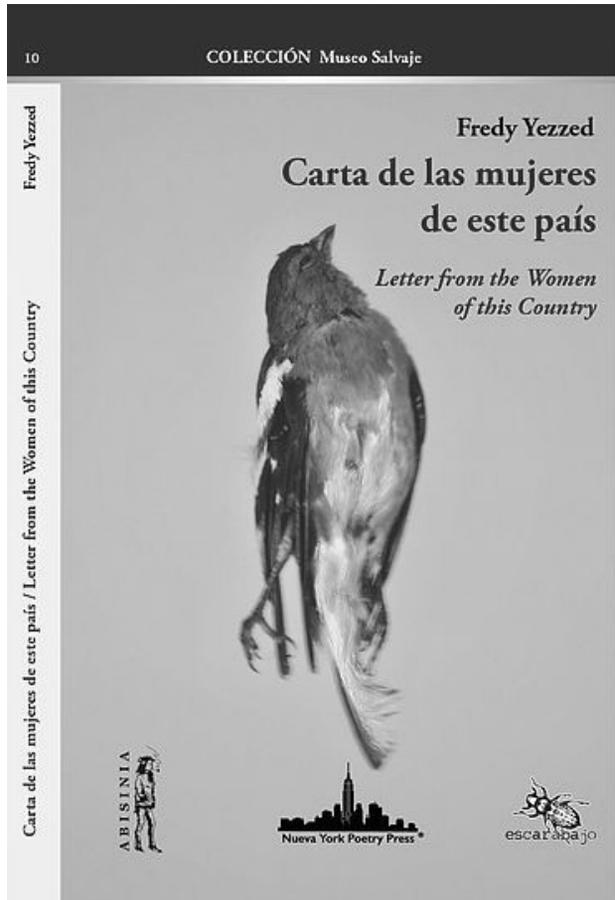


Poesía sobre la violencia en Colombia

Nelson Romero Guzmán
Profesor Universidad del Tolima IDEAD



Cuando se trata de escribir la guerra en un país como Colombia, la poesía oculta menos sus artificios y más bien asume la tarea de decir las cosas por su nombre. En el sólo título del libro del poeta colombiano Fredy Yezzed, “Carta de las mujeres de este país”, el adjetivo demostrativo “este”, queda convertido un lugar preciso de enunciación, deja de ser una marca estilística para convertirse en la alusión a un lugar específico y reconocido con nombre propio en la historia de la violencia latinoamericana: Colombia, etiquetada ya con marca registrada como de uno de los países más violentos del mundo. Nuestro lenguaje, por supuesto, también hace parte de un trayecto doloroso en la novela, en la dramaturgia, en la

música, en la poesía, en la fotografía, en el cine, en la pintura, en el performance, porque el arte construye la memoria de la humanidad, desde sus cimas y desde sus abismos; la metáfora también tiene una historia dolorosa entre nosotros, pero vital. El libro de Fredy Yezzed viene a sumarse - ¡y de qué manera! - a ese legado de la memoria de ese lenguaje fracturado de la escritura poética en su referencialidad de la violencia. Dentro de ese decir sin callar que configura el tono del libro “Cartas de las mujeres de este país”, su dedicatoria es rotunda: “a los desaparecidos que siguen buscando lo brazos de las mujeres de Colombia”. En cada uno de sus poemas está Colombia, ya no como “el país de todos los colores” que en la mitad del siglo XX evocara el poeta nariñense Aurelio Arturo como esa patria dulce de la infancia en su “Morada al sur”; ya en el inventario de la palabra poética de Yezzed, Colombia es la patria de los desaparecidos, de los huérfanos, de las viudas, de las masacres y de las mutilaciones, que no puede pasar por un lugar común. Sin embargo, en su poesía el paisaje no deja de ser uno de nuestros mayores descubrimientos y asombros, pero ahora como marco de una tragedia que no acaba, o que en su escenario solo cambia de actores.

El libro de Yezzed trae una cita importantísima de la escritora bielorrusa Svetlana Alexiévich, autora del libro “La guerra no tiene rostro de mujer”, con la que el poeta anuncia a su potencial lector: “Las mujeres sufrimos y recordamos la guerra de otra manera, / las mujeres narramos la historia de nuestros sentimientos”. Transcribo un fragmento del libro de Alexiévich: “No conocíamos el mundo sin guerra, el mundo de la guerra era el único cercano, y la gente de la guerra era la única gente que conocíamos. Hasta ahora no conozco otro mundo, ni a otra gente. ¿Acaso existieron alguna vez?”. Es esa tradición de la litera-

tura que reclama para el hombre un rostro y una cara de su existencia, y no la guerra como “la única gente que conocemos”; es en esa frontera del dolor y del vacío que nos ha dejado y nos sigue dejando la guerra, en la que queda inscrita en la memoria literaria de este país –a veces tan frágil–, este hermoso libro de mi admirado amigo Fredy Yezzed. El programa de su discurso poético consiste en darle voz a la mujer, a la mujer colombiana del conflicto armado; ella o ellas, nos narran la guerra a través de sus cartas, por ser esta la forma más familiar e íntima de comunicarnos; se encargan de reconstruirnos la guerra *de otra manera, desde los sentimientos*. Desde el primer poema del libro titulado “Carta primera y la más difícil”, y desde el primer verso de este poema, que dice: “No mueran más en mí, salgan de mi lengua”, la mujer es la voz que teje las imágenes el libro, la misma que nos dice en su “Epílogo escrito por la memoria” este verso: *Qué amargo ha sido el lenguaje hasta ahora*. Me gusta esa primera persona de la mujer en todos los poemas, especialmente en el poema titulado “Carta al hombre que asesinó a mi hijo”, uno de los más crudos y bellos poemas que he leído sobre la violencia en Colombia, tan inmenso como el poema titulado “Llanura de Tuluá” del también bogotano Fernando Charry Lara y muchos de los legados por la obra sin par de Juan Manuel Roca, aunque cada uno en su propio tono y en distintas circunstancias.

Quiero referirme a la forma que asume en este libro la poesía de Fredy Yezzed. No es solo la carta la portadora de una voz poética que no se deja ahogar por las lágrimas de las mujeres remitente. También aparece el procedimiento de la fotografía y de las viñetas, convirtiendo el libro en un artefacto del lenguaje con una arquitectura poética bastante original, compuesto a partir de piezas-cartas o pequeños cuadros descriptivos y a la vez narrativos, algunos cercanos a los mimos de la literatura latina, donde aparece el paisaje de colorido colombiano, con un personaje en la escena, una madre desolada, un mutilado o una tejedora de “heridas antiguas”; son cuadros llenos de

movimiento, de imágenes hondas y de ecos extraños, crudas, desoladas y hasta enigmáticas. Aquí la forma no es artificio, sino que se constituye en el marco mayor que contiene la fuerza del lenguaje y su vida interna. Es un libro escrito en dos dimensiones, a veces contradictorias, que logran unirse por un arte mayor: la belleza y el horror que somos; el espejo de luz muy colombiano que nos hace ver hermosos por fuera, pero que en la oscuridad nos vomita por dentro. Esto dentro de nuestra historia inmarcesible. En este sentido de lectura oculta, hay versos embellecidos por la delación de la ironía y el sarcasmo, como estos: “Is-las tristes / sobre el trópico alegre”, “El acertijo es siniestro: donde hay belleza, hay muerte”.

Pero también el libro se enriquece con otras formas textuales minimalistas, como el gaffiti o el epitafio, henchido de emoción y pensamiento. Algunas cartas dejan entrever lo trágico-cómico del poeta mismo, quien expone un manifiesto crudo al levantar la voz llamado a su compromiso no solo estético sino ético, desvelando con la metáfora la historia de su presente: “No te perdono, Poesía, que frente a este horror / des un paso al costado”.

Sería inagotable la lectura del libro “Carta de las mujeres de este país”. Tampoco pretendo hacerlo, pues sería –por demás– sobrehumano. Lo atractivo de un libro de poesía es permitirnos dejarse leer de diversas formas. La poesía está muchas veces en el lector, decía Borges. Yo me atrevo a parodiar al maestro diciendo que, si soy poeta, lo soy más cuando leo que cuando escribo. Eso me pasó con estas mujeres de este país. No quiero cerrar sin citar este poema del libro; cada lector lo leerá a su manera, se encargará de otorgarle su sentido.

Carta a una Niña Malcriada

Tierra mala, tierra mala, tierra mala:
no lo vuelvas a hacer.

